EDITORIAL

Reto y logros en la frontera del Putumayo

Desde inicios del presente régimen, el 28 de julio de 2006, el jefe de Estado, doctor Alan García Pérez, ha reiterado que se pondrá especial interés en cautelar nuestras fronteras, buscando generar con los países vecinos un clima de cordialidad, cooperación y mutua confianza. El tender lazos culturales, económicos y otros más de variada índole garantizan una provechosa distensión en América del Sur donde, obviamente, cada país ejerce a plenitud su soberanía con matices ideológicos y socioeconómicos que pueden ser diferentes de los nuestros, pero que no son "exportables" ni deben tomar connotaciones hegemónicas. Incluso ha dicho el presidente García que resulta interesante generar un espíritu de competencia con países vecinos, por ejemplo en el tema de los puertos, que cada vez cobra mayor importancia pues el océano Pacífico ya es la ruta de comercio cada vez más intenso con el Asia y puede contribuir al crecimiento de nuestras exportaciones en mercados gigantescos como China, Corea del Sur y la India. Pero esta competencia, que por razones naturales será con los países vecinos, de ninguna manera debe ser fuente de crispación y recelo, sino una pugna amistosa donde los grandes beneficiarios serán los pueblos de ambos países. La emulación, bien entendida, es un estímulo de gran importancia que une a las naciones hermanas.

Un caso muy especial lo constituye nuestra frontera con la República de Colombia que, como sabemos, está marcada por el río Putumayo en una extensión de 1600 kilómetros, en territorio selvático, agreste, donde destacamentos y guarniciones de las FF.AA. y la Policía de ambas naciones vienen estrechando lazos cada vez más intensos con el propósito de impedir la nefasta acción de la llamada "Fuerza Armada Revolucionaria de Colombia (FARC)", organización guerrillera surgida en 1966, –vinculada en sus orígenes con el Partido Comunista de Colombia– en el marco de la Guerra Fría y del apoyo castrista cubano, que se ha convertido desde hace ya dos décadas en un grupo narcoguerrillero, donde lo ideológico es un anacronismo descabellado mientras que ahora el dinero que proporciona el sembrío de grandes extensiones de coca, para fabricar clorhidrato de cocaína, es una rentable realidad delictiva a la que se dedican con tesón digno de mejor causa.

Estos delincuentes narcoterroristas vienen siendo tenazmente combatidos por el gobierno colombiano y su ámbito de acción se hace cada vez más pequeño. Por esta razón, despojados de sus estrafalarios uniformes, los malhechores de la FARC, como cualquier campesino, consiguen penetrar en territorio peruano, sobre todo en el Alto Putumayo, para dedicarse a cultivar el insumo fundamental de la cocaína. Lo propio

han hecho en suelo ecuatoriano. Como no podía ser de otra manera, nuestras FF.AA. y la Policía Nacional, principalmente la Marina de Guerra del Perú, realizan constantes operativos de patrullaje, muchas veces en conjunto con unidades navales colombianas, para impedir el paso de estos criminales a nuestro país. Poco después de haber sido elegido Presidente de la República, el doctor Alan García Pérez le dijo a su homólogo colombiano, doctor Álvaro Uribe, que se comprometía a "no permitir que nuestro territorio sea usado ni para el tráfico de armas, ni para refugio o descanso de personas fuera de la ley". Ambos mandatarios acordaron también que el Perú y Colombia colaborarían en la erradicación de los cultivos de coca en la cuenca del Putumayo.

Ciertamente la tarea no es fácil, pero se viene efectuando exitosamente en ambas orillas. Es necesario mencionar que se ha logrado alcanzar entre elementos castrenses peruanos y colombianos un espíritu de colaboración realmente ejemplar, ya que no solo se lucha contra la delincuencia sino se realizan constantes tareas de carácter cívico, sobre todo en el ámbito de la salud, alimentación y educación, tanto en las riberas peruanas como en las colombianas del Putumayo donde la presencia del Estado es insuficiente.

En las épocas de vaciante del río Putumayo, nuestras cañoneras y otras embarcaciones menores solo pueden llegar hasta El Estrecho. Por esta razón la Superioridad Naval ha dispuesto la construcción de una cañonera de mínimo calado en el SIMA – Iquitos, instalado ahora en Nanay, la cual podrá llegar hasta el lejanísimo Güeppí en cualquier época del año. La Marina de Guerra del Perú está instalada en tres lugares de especial importancia: El Álamo, El Estrecho y Güeppí. Existe también una unidad de interdicción en Santa Rosa y sería deseable la presencia de una o varias oficinas consulares, de preferencia frente a frente de cada orilla, para de este modo permitir el ingreso legal de ciudadanos de ambos países que podrían desplazarse hasta Iquitos o Leticia. Es interesante señalar que el ya mencionado SIMA – Iquitos presta servicio de mantenimiento a unidades de la Marina de Guerra de Colombia, con ahorro de tiempo y dinero para esa institución, teniendo, además, la seguridad que da un trabajo eficiente y profesional.

Sabemos que en una frontera tan extensa como la del Putumayo hay todavía mucho por hacer, pero nos satisface ampliamente el desempeño del personal naval que cumple una misión al mismo tiempo importante y sacrificada. La Marina de Guerra del Perú, fiel a sus nobles tradiciones, no solo navegó por los ríos de la Amazonía en el siglo XIX en una labor extraordinaria en la configuración de nuestras fronteras, sino que ahora, en los inicios del siglo XXI, sigue alerta y vigilante para que esa lacra que es el narcotráfico sea erradicada definitivamente de nuestro solar patrio.

El Director